

**C O N
T R A
B A N
D O**

TIRO Y FUGA

TEXTOS Y FOTOS

Mariana Amieva
Elizabeth Britos
Mayra Cánepa
Natalia Cardozo
Horacio Cavallo
Adelina Chamorro
Agustina de Vera
Norma Espinosa
Sofía Fernández
Sol Ferreira
Iván Franco
Alberto Gallo
Juliana Gallo
Verónica Leite
Germán Luongo
María Eugenia Martínez
Virginia Martínez Díaz
Glicina Medina
Virginia Mórtola
Sandro Pereyra
Artigas Pessio
Vanesa Pintos
Cecilia Prieto
Blanca Soca
Silvana Tanzi
Juan Pablo Verde

EDICIÓN

Denisse Ferré
Nicolás Der Agopián
Federico Giordano

CORRECCIÓN

Sol Ferreira

DISEÑO GRÁFICO

Luis Bellagamba

PRÓLOGO

Como casi todo, Tiro y Fuga surgió a partir de una equivocación, o por lo menos un error de comprensión. Nos interesaba la obra del fotógrafo esloveno ciego Evgen Bavcar y, como punto de partida, decidimos investigar las posibilidades de realizar un taller de fotografía para ciegos. La idea suena mucho más excéntrica de lo que es, y de hecho, desde hace años se realizan talleres de fotografía para no videntes en muchos países, así como también hay varios fotógrafos ciegos alrededor del mundo.

Decidimos reunirnos con la Unión Nacional de Ciegos del Uruguay, donde nos explicaron la importancia de realizar un taller inclusivo. No entendíamos nada. ¿A qué se referían? Ellos, con razón, buscaban un espacio abierto, en el que no solo participaran ciegos; que fuera inclusivo de verdad. A partir de ahí y de varias idas y vueltas, surgió Tiro y Fuga: un taller de imagen y relato para ciegos y videntes.

Basándonos en ciertos ejes temáticos que nos interesaban: autorretrato, literatura del yo, fotografía de ciegos, crónicas, perfiles, fotoperiodismo, armamos un programa de trabajo e hicimos una lista arbitraria de todo lo que nos divierte, nos conmueve o simplemente disfrutamos.

Luego presentamos el proyecto a los Fondos Concursables del Ministerio de Educación y Cultura y, para sorpresa de todos, lo ganamos. El diseño incluía dos bloques: un taller en Montevideo y otro en San José.

Pero esta fue la parte simple. El origen de las cosas siempre es un poco más complejo. Hacer un taller abierto para todo aquel que quisiera participar, y que incluyera a personas ciegas, llevó a que una propuesta pensada para diez personas en el taller de Montevideo terminara siendo de veinticinco. En San José la cosa fue más tranquila: luego del viaje en ómnibus nos esperaban nueve asiduos participantes.

La dinámica consistió en encuentros de tres horas todos los viernes durante cuatro meses para compartir textos que nos movilizan, escuchar canciones, hablar de cine, pintores y fotógrafos. Por ahí pasaron Juan Villoro, Gustavo Escanlar, Eduardo Alvariza, Leila Guerriero, Juan Sklar, Hernán Casciari, Vivian Maier, Martin Parr, Sebastián Salgado, Diane Arbus, Eduardo Carrera, Hermenegildo Sábat, series, un montón de películas y varias cosas más.

En principio no fue un taller pensado para profesionales de la escritura o la fotografía y, si bien se anotaron personas sin experiencia, también se inscribieron escritores, fotógrafos, periodistas, ilustradoras y correctores. Tampoco faltaron las parejas, los padres con hijos, los amigos y los perfectos desconocidos.

La verdad es que disfrutamos mucho este primer intento de Tiro y Fuga tanto en Montevideo como en San José, y admiramos las ganas, valentía y responsabilidad de los participantes. Queremos hacer una mención aparte para Blanca, Glicina y Sofía, esa adolescente maravillosa que cuando arrancó el taller tenía 14 años. Todas ellas, ciegas, escribieron y fotografiaron como los demás, y nos permitieron reflexionar sobre las imágenes y su naturaleza. Gracias a Federico, que comenzó como diseñador del blog de Tiro y Fuga y se convirtió en alguien muy importante para este equipo.

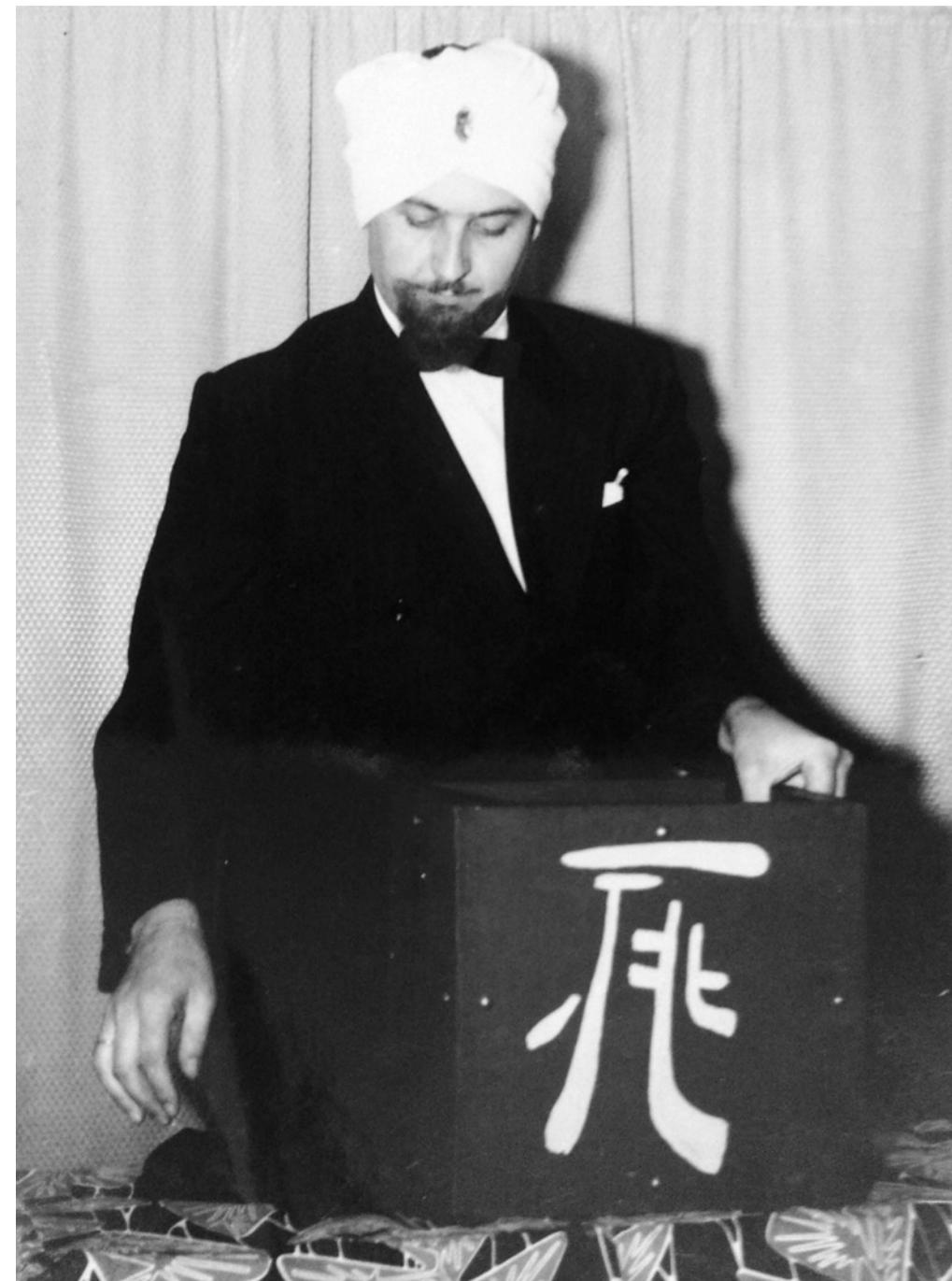
Todo lo que siguió fue un profundo acto de confianza y amistad entre los participantes. Estos son los resultados.

I. CAJAS

PRESTIDIGITADOR

ALBERTO GALLO

Esta fue la primera palabra larga que aprendí en mi vida. *Pres-ti-di-gi-ta-dor*. Mi viejo la deletreaba lentamente para que yo la aprendiera, porque sabía que iba a tener que repetirla muchas veces en mi vida. Ya en la escuela, por ejemplo, cada año al comenzar las clases había una pregunta de la maestra que me aterrorizaba, una pregunta que hacía a todos los alumnos, uno a uno, irremediablemente: ¿En qué trabaja tu papá? Panadero, contestaba alguno. Doctor. Empleado. Comerciante. Abogado, agregaban otros. Pero después venía mi turno, sin lugar a dudas el más esperado de todos. Es prestidigitador, decía yo con cierta soltura, hace aparecer pelotitas y velas encendidas y cientos de cartas entre sus dedos. Sí. Eso era lo que era mi padre: el Mago Jack. Así se presentaba en un programa de televisión del canal 12, al mediodía, vestido de frac y con un turbante con una gema en la frente, que según me contaba había traído de un largo viaje por la India. Sus cajas de magia y su galera tenían letras chinas porque, me decía, también había vivido un tiempo en aquel lejano país. De aquellos sitios exóticos había traído su magia, me aseguraba. Su magia y sus actos de hipnosis donde la hipnotizada era mi madre, en un acto en el que él pasaba las manos por su rostro y ella hacía todo lo que se le pidiera, incluso adivinar los números de cédula de los espectadores atónitos. Nunca supe cómo hacían este truco, pero sí otro que enloquecía a la gente, aunque él me hizo jurar que jamás se lo diría a nadie: colocaba una caja de madera sobre la cabeza de mamá y luego la atravesaba de lado a lado con diez espadas afiladas, que al final iría sacando y clavando en el piso de madera antes de extraer la caja y recuperar la cabeza intacta de mi madre. Si se supieran los trucos no existiría la magia, me explicó papá aquella noche antes del juramento. La verdad, aquí entre nosotros —agregó, bajando la voz— es que la magia no existe. Si supieras, viejo, qué equivocado estabas, le dije este domingo a sus casi noventa años. Él me miró en silencio y sonrió largamente. Lo sé, dijo.



ANIVERSARIO

MARÍA EUGENIA MARTÍNEZ

Era el día y no había comprado nada. Antes de llegar al almuerzo, con sus apuros diarios, entró en la florería, pidió un ramo y tomó una tarjeta de esas blancas, bien chiquitas. Casi no había escrito desde la escuela, que a duras penas terminó. Y encima no sabía qué poner. Habrá manejado la posibilidad de un obligado “te quiero”, pero al final escribió: “Por 25 años más”. Y con esas pocas letras, quién lo hubiera dicho, hizo la magia: al mes siguiente, por fin, se separaron. La tarjeta sin firma debe de andar todavía en algún cajón de casa.



TREN FANTASMA

VIRGINIA MÓRTOLA

Mis abuelos maternos se conocieron en el Tren Fantasma. Mi abuela Ludevina se hacía llamar LuzDivina, porque quería tener algo de Dios en el nombre. Era bizca. Atrás de los lentes gruesos y verdes, sus ojos parecían dos bolas flotando en un frasco de laboratorio. Su mejor amigo era Dios, pero ella, muchas veces, se parecía al Demonio. Una vez a la semana me repetía que guardaba su juego de cubiertos para regalármelos en mi casamiento. A mí me parecía raro, porque cada vez quedaban menos cucharitas. Mi abuelo Pocholo tenía ojos azules como el mar y se llamaba Washington. Parecía un galán de películas de *cowboys*, pero bajito. Era obrero de la construcción y fumador a escondidas. Le encantaba armarse el tabaco en su galpón del fondo, donde guardaba todo tipo de cachivaches que juntaba en los campitos.

El paseo por el Parque Rodó fue planeado por mi tía abuela Marielena, una de las tres hermanas de mi abuela. Es-



taba tan contenta con Pocho, su novio nuevo, que quería conseguirle uno a mi abuela. Así fue que le pidió a Pocho que llevara a su primo Washington para presentárselo a mi abuela. Marielena siempre estuvo loca. En cada asado, nos sentaba a mis hermanas y a mí en ronda para contar historias horribles como si fueran hazañas. Una vez nos describió una convulsión que tuvo mi madre cuando era niña. Una convulsión que nunca vio —de eso me doy cuenta ahora—, porque cuando la llamaron para avisarle, ella tiró el teléfono y salió corriendo a la calle. No le importó la hora, ni el frío, ni el camisón. Arrancó a correr como una sonámbula, sin que se le salieran las pantuflas. Lloraba con ruido y estiraba los brazos como si estuviera por agarrar algo que se le escapaba todo el tiempo. Eso dijo. Después de varias cuerdas un señor la paró. No se acordaba a dónde iba y terminó en la comisaría. El tío abuelo Pocho le aguantaba todo. A él le encantaba tomar

whisky con mi abuelo Pocholo y mirar a Raffaella Carrá. Cada vez que ella aparecía en la tele, él se frotaba las manos.

La cosa es que después de dar algunas vueltas por el Parque Rodó, la tía abuela Marielena propuso entrar al Tren Fantasma. Ella subió con Pocho en uno de los carros y mis abuelos en otro. Me imagino que mi abuela debe de haber apretado fuerte, con sus manos enfundadas en guantes, una carterita que apoyó en su regazo; pero ella nunca fue coqueta. Una vez que todos estuvieron sentados, el hombre que recibía los boletos puso en marcha los carros. Entraron por el túnel oscuro, pasaron junto a una calavera que se balanceaba, los sorprendió una bruja riéndose, Drácula salió de su ataúd y, en ese momento, una telaraña rozó el hombro de mi abuela. Ella gritó fuerte. Se prendió a mi abuelo como una garrapata y se quedaron juntos para siempre.